período de cinco años, con reelección, formarían la parte renovadora del Imperio. El Inca haría la designación de los miembros del poder judicial, que ocuparían sus puestos indefinidamente mientras una sentencia no los desposeyera por faltar a sus obligaciones.

Dos *censores* que elegiría el pueblo y cuya designación confirmaría el Inca, se ocuparían en llevar nota de la conducta de los senadores, de los maestros y de la juventud. En caso necesario, podían purificar el senado, arrojando de su seno a los miembros indignos. Estos censores eran reelegibles.

Los *ediles*, elegidos por el senado y confirmados por el Inca, tendrían a su cargo las obras públicas, los monumentos, las fiestas y todo lo que se relacionara con estos ramos.

Los *cuestores*, elegidos por los comunes y confirmados por el Inca, desempeñarían la suprema dirección de la hacienda.

Las reformas constitucionales seguirían los procedimientos de la Constitución de los Estados Unidos.

EL SEGUNDO PROYECTO

Después de las referidas vicisitudes que pasó en Francia, Miranda cruzó el canal de la Mancha y presentó a *Pitt* otro proyecto el 16 de enero de 1798.

Hablaba en nombre de la Junta de los diputados de Méjico, Chile, Lima, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe y otras provincias. Esos diputados se habían reunido en París, y el 22 de diciembre de 1797 facultaban a Miranda para que abriese las negociaciones con el fin de que ajustase un tratado de amistad y alianza entre las colonias de España y la nación británica, como el que en 1778 concluyeron Francia y las colonias inglesas de América. "La única esperanza que aún quedaba a la Libertad, ultrajada con extrema audacia por las máximas detestables de la República Francesa", era una alianza entre Inglaterra, los Estados Unidos y los países hispanoamericanos. La quimera geográfica se exterioriza de un modo más deliberado. No puede haber temores de un desacuerdo entre anglo-americanos e hispanoamericanos, porque "los dos departamentos tienen condiciones que les impiden ser rivales".

Miranda inventa que "el Misisipí es una frontera natural".

Merece una recordación el fundamento del soñado sistema:

Una alianza defensiva entre Inglaterra, los Estados Unidos y la América Meridional está indicada de tal manera por la Naturaleza, por la situación geográfica de cada uno de los tres países, por los productos, la industria, las necesidades, las costumbres y el carácter de esas naciones, que al formarse la alianza tiene que ser

duradera, sobre todo si se tiene el cuidado de consolidarla por la analogía, en la forma política, de los tres gobiernos; es decir, por el goce de una libertad civil sabiamente entendida y sabiamente dispuesta. Puede decirse con seguridad que ella será el último asilo de la libertad, audazmente ultrajada por las máximas detestables que profesa la República Francesa; el último medio de formar un contrapeso capaz de enfrenar la ambición destructora del sistema francés.

Para crear "la frontera natural" se haría entrega a los Estados Unidos de los territorios de ambas Floridas y de la Luisiana.

Respecto de las islas que poseen los hispanoamericanos en el archipiélago americano, la América Meridional sólo conservará la de Cuba, por el puerto de La Habana, cuya posesión —como la llave del golfo de Méjico— le es indispensable para su seguridad. Las otras islas de Puerto Rico, Trinidad y Margarita, por las cuáles la América Meridional no tiene interés directo, podrán ser ocupadas por sus aliados, la Inglaterra y los Estados Unidos, que sacarán de ellas provechos considerables.

Inglaterra recibiría la concesión del canal de Panamá y del de Nicaragua por cierto número de años, en condiciones favorables, aunque no exclusivas, puesto que los norteamericanos, siendo los holandeses de América, tendrían paso franco.

Miranda firmaba el plan con dos jesuítas, don José del Pozo y Sucre y don Manuel Josef de Salas, más que oscuros, desconocidos, y más que desconocidos, ignorados. Con ellos figuraba *don Pablo Olavide*, cuyo volterianismo le impedía tomar por lo serio a sus tres colegas.

ESPIRITU INSURRECCIONAL

Mientras Miranda se agitaba en Europa, ocurrían dos movimientos en su patria. Uno era el de los negros de Coro, que en 1795 proclamaban "la ley de los franceses". El otro, más complicado, fué obra de tres conspiradores de la península conducidos a Venezuela para que purgaran en la Guaira sus responsabilidades por un frustrado plan de república. Estos tres reos políticos eran *don Juan Bautista Picornell, don Manuel Cortés Campomanes* y *don Sebastián Andrés*. Los criollos admiraron la iniciativa de los perseguidos y se compadecieron de su suerte. A imitación de ellos, y siguiendo su ejemplo, el justicia mayor de Macuto y un capitán retirado del Batallón Veterano de Caracas, *don Manuel Gual*, se unieron para proclamar la independencia, el comercio libre y la libre explotación del tabaco, la abolición de los tributos de indios, la de la esclavitud de los negros y la reducción de impuestos.

El movimiento fracasó. Gual encontró asilo en las Antillas británicas, y *don José María España* fué ajusticiado en Caracas del modo más atroz,

pues se le arrastró a la cola de una bestia de albarda, se le ahorcó y se le descuartizó. El régimen admitía contrastes muy extraños de opresión y libertad. Al hacerse los funerales de don José María España, el cura *don Vicente Echeverría* dijo un sermón en el que glorificaba al rebelde: "La mano del hombre no es la mano de Dios. Su balanza no es la de los poderosos de la tierra. Mientras éstos hieren, *El* corona."

Francisco Javier Pirela fué condenado a prisión perpetua con diez de sus secuaces por una conspiración fracasada.

PROPAGANDA FRANCESA Y NORTEAMERICANA

Los franceses procuraban por su parte llevar la agitación a los dominios americanos del rey de España. En todos los virreinatos había un rumor de conjuraciones acompañado de la correspondiente actividad punitiva. El marqués de Branciforte, virrey de Méjico, fué uno de los que más se empeñaron en ahogar la propaganda francesa, que tan vivas inquietudes le producían a Miranda. Pero nada se conseguía. El espíritu público daba señales de inequívoca disposición, pues ya antes de 1793, en un acto solemne de la Universidad de Chile, las autoridades más encumbradas escucharon con deferencia la tesis de un estudiante que negaba el derecho divino de los reyes. En 1795 se persiguió al Dr. don Clemente Morán, sacristán mayor de Coquimbo, por el "exceso, arrojo y delirio con que defendía los procedimientos de Francia".

Cuando Branciforte, el citado virrey de Méjico, encarcelaba y expulsaba extranjeros, hubo también españoles y criollos que sufrieron alguna vejación por las mismas causas de opinión. Entre ellos estaba un catedrático de matemáticas de Guanajuato, apellidado *Rojas*, homónimo del chileno introductor de libros prohibidos en su país. El Rojas mejicano, después de un autillo y de sufrir la reclusión a que salió condenado, tomó las autoridades, a sus amigos y a muchas personas notables para dar cuenta de lo que con él se había hecho y para pintar el cuadro de la felicidad que disfrutaban los norteamericanos, cuya Constitución resumía, presentándola como un modelo que deberían imitar. Un viajero norteamericano que hacía esta misma propaganda en Chile dejó un ejemplar de la Constitución y una traducción de la Declaración de Independencia.

NARIÑO

La causa seguida contra *Antonio Nariño* en Santa Fe de Bogotá es uno de los hechos más característicos del tiempo. Nariño, a quien hemos visto

ya relacionado con Miranda, era un criollo inquieto. Poseía una biblioteca de clásicos y de modernos. Leía a los autores ingleses y franceses. En su casa se reunían algunos hombres que después alcanzaron alta celebridad: *Zea, Torres, Caldas, Lozano, Camacho* y *Pedro Fermín de Vargas*. Eran el senado de la ilustración. Uno de los oficiales de la guardia del virrey facilitó a Nariño la *Historia de la Asamblea Constituyente de Francia*. Esta lectura fué el principio de una larga cadena de dramáticas vicisitudes.

> Yo tenía una imprenta —dice Nariño—, y mantenía a mi sueldo un impresor *(Antonio Espinosa de los Monteros)*. Vino a mis manos un libro y vino de las manos menos sospechosas que se puede imaginar. Fuera de eso, se me dió sin reserva. Encontré en él los *Derechos del hombre*, que yo había leído esparcidos acá y allá en infinitos libros y en los papeles públicos de la nación. El aprecio en que aquí se tiene el *Espíritu de los mejores diarios*, en donde se encuentran a la letra los mismos pensamientos, me excitó la idea de que no tendría mal expendio un pequeño impreso de los *Derechos del hombre*, trabajado por un gran número de sabios. Esto es hecho: tomo la pluma, traduzco los *Derechos del hombre*, voyme a la imprenta, y usando de la confianza que para imprimir sin licencia he merecido al gobierno, entrego delante de todos el manuscrito al impresor, que lo compuso aquel mismo día... Salgo con unos ejemplares de la imprenta, y encuentro al paso al comprador para un ejemplar, doy otro a otro sujeto, y aquí paró la negociación... Traté de recoger los dos únicos ejemplares que andaban fuera de mi casa, y quemé los otros al momento.

Esto pasaba en agosto de 1794. Desde entonces hasta fines de noviembre de 1795 las autoridades practicaron averiguaciones; pero no sólo por aquella publicación de un texto que, según el propio Nariño, era muy conocido, sino por sedición y pasquines. El resultado fué que se absolviera a varios estudiantes, culpables sólo de conservar sobre la Revolución Francesa, que fuese remitido a España el eminente don Francisco Antonio Zea "por la travesura de su genio", y que Nariño saliese condenado a diez años de presidio en Africa, extrañamiento perpetuo de América y confiscación de bienes.

INQUIETUD GENERAL

Mientras el virrey de la Nueva Granada, don José de Ezpeleta, procuraba así desarraigar las ideas francesas, el del Perú, don Francisco Gil de Taboada y Lemus, veía multiplicarse los ejemplares de la famosa *Declaración de los derechos del hombre* sin poder impedirlo.

El suelo era poco firme en todas partes. El virrey de Méjico, *don Miguel José de Azanza*, no acertaba a encontrar las satisfacciones de su

alto puesto, aun siendo, como Gil de Lemus y Ezpeleta, un excelente administrador.

Durante la gestión del marqués de Avilés, virrey del Perú, las autoridades tuvieron que castigar una conspiración en el Cuzco. La dirigían *don Gabriel Aguilar,* mineralogista que había viajado en Europa; *don Manuel Ugalde,* abogado; un recoleto, *Fr. Diego Barrancos; don Bernardino Gutiérrez,* capellán del Hospital de San Andrés; un regidor y un indio noble. Los dos principales reos fueron ejecutados, y los otros condenados a diversas penas.

Por estos ejemplos se verá que todo el mundo hispanoamericano estaba en efervescencia. Las conspiraciones de la Nueva España carecían de la gravedad que tuvieron las de otros virreinatos; pero aun así, el virrey Azanza veía próximo un movimiento, por el encono que existía entre europeos y criollos.

MIRANDA Y LAS POTENCIAS

Era natural que los hijos de América confinados en sus respectivos países, al inquietarse, viviesen bajo la fascinación de las ideas abstractas. Pero los expatriados, como Miranda y los jesuítas, consultaban de preferencia el estado de las relaciones internacionales. Cada vez que había paz entre Inglaterra y España, Miranda sentía un descenso de sus esperanzas. Al estallar, en 1795, el nuevo conflicto francobritánico, los emigrados creyeron más próximo el anhelado auxilio, y cuando España, supeditada a Francia, entró en la guerra, pensaron que había llegado el día decisivo. En 1797 España sufrió la derrota naval del *cabo de San Vicente,* el bombardeo de Cádiz por Nelson y la toma de la Trinidad por Harvey. Esta era una base más de apoyo para el ataque contra los dominios de España. Pero pasaba el tiempo e Inglaterra no se decidía. Al firmarse la paz de Amiens, en 1802, todo estaba como antes.

Volvió a estallar la guerra en 1803, y en 1805 la batalla de Trafalgar pudo haber sido para Miranda una realización. Con todo, la política de Inglaterra marchaba lentamente. El conspirador, por otra parte, vió gozoso que, contra sus previsiones, la adquisición de la Luisiana por los Estados Unidos excitaba la ambición de los norteamericanos y creaba una causa de conflictos territoriales con España, puesto que no sólo se tenía la intención de adquirir la Florida, sino la de llevar los límites occidentales hasta el río Bravo. Los Estados Unidos serían los auxiliares más resueltos. Con esta esperanza tomó un buque mercante que lo llevó de las costas de Inglaterra a las de los Estados Unidos, y desembarcó en Nueva York el 4 de noviembre de 1805.

¿El viaje de Miranda a los Estados Unidos era simplemente objeto de la fría tolerancia de Pitt, o había un plan de grandes ramificaciones? Lo cierto es que *Sir Home Popham,* comandante de un buque de guerra, había tenido una conferencia íntima con Pitt. Popham partió con destino al Africa del Sur, y en el momento que creyó oportuno salió del cabo de Buena Esperanza para adueñarse del Río de la Plata. Pero Pitt había muerto y el gobierno inglés desaprobó el acto de Popham, si bien celebró la toma de Buenos Aires.

Los acontecimientos siguieron un rumbo inesperado, como vamos a verlo.

Miranda logró en los Estados Unidos el disimulo del gobierno para su expedición; pero la organizó con tan pocos elementos que sólo podía alcanzar un resultado si Venezuela le recibía como a su libertador.

El día 15 de marzo de 1806 Miranda fondeaba con una corbeta y dos goletas enfrente de Ocumare. Las embarcaciones de la marina real atacaron, y el expedicionario perdió las dos goletas. La corbeta se puso en cobro. Miranda obtuvo la cooperación de la marina inglesa y, apoyado por ella, desembarcó en la Vela de Coro, que fué abandonada por sus defensores. De allí se trasladó a Coro. Esperaba el levantamiento general, mediante una proclama y la *Carta a los hispanoamericanos,* de Viscardo y Guzmán. Llevaba también los nuevos colores de una bandera: el azul del mar dividiendo el gualda de la opulenta América y la púrpura de la sanguinaria España. Un pañuelo, por último, formaba parte de aquella singular propaganda. Cuatro letreros en las orlas hablaban de Artes, Comercio, Industria y Unión; de protección a la Religión y a sus santos ministros; de Libertad para las personas, la Conciencia y el Tráfico. Las inscripciones del historiado pañuelo decían: No es conquista, sino unión. Florecen artes, industrias y luces. Religión y sus santos ministros, protegidos. Personas, conciencia y comercio, libres.

En el centro estaban los retratos de Wáshington y Miranda. Lo más interesante es que *La aurora del día en Sudamérica* se representa por la apoteosis de Colón y por una alegoría en que Inglaterra, *Diosa de los Mares,* pone el pie sobre el *León de España.* Un mozo envuelve la bandera de Francia y golpea al león con la empuñadura de la espada. ¡Todo esto cabía en aquel maravilloso pañuelo!

La reducida fuerza de Miranda, que no llegó a doscientos hombres, tuvo que reembarcarse. Inglaterra se desinteresaba de la empresa, y vió que la presencia del agitador no producía el anunciado cataclismo.

Después de una larga espera en la Trinidad, Miranda regresó a Inglaterra para proseguir sus eternas gestiones.

El ataque al río de la Plata fué un fracaso más ruidoso aún que el de Miranda. Sir Home Popham, comandante de las fuerzas navales británicas en el Cabo, recién conquistado, dirigió un despacho al gobernador de Santa Elena, el 13 de abril de 1806, diciéndole que con su escuadra y el regimiento 71 tomaría a Montevideo y a Buenos Aires, plazas desguarnecidas. Y se dió a la vela sin autorización de su gobierno. Las fuerzas que condujo Popham del cabo de Buena Esperanza, y que mandó el general Beresford, se apoderaron de Buenos Aires entre el 26 y el 27 de junio. El nuevo gobierno inglés destituyó a Popham, pero resolvió proseguir la empresa, y mandó refuerzos bajo las órdenes de *Whitelocke*. El general *Crawford* estaba destinado a la conquista de Chile. Los estadistas ingleses pensaron acaso que, después de un resultado favorable en aquellos dos países del sur, llegaría el momento del ataque a Venezuela y a Méjico. No es difícil aceptar que en esos planes entrara el deseo de que Miranda sufriese un descalabro.

Pero el del conquistador venezolano era una marcha triunfal comparado con la suerte de la expedición británica a Buenos Aires. Miranda llevaba menos de doscientos aventureros y pudo explicar su desairado reembarco. Lo había derrotado la soledad más que el ejército de "empleados de aduana, sacerdotes, cirujanos, barberos y boticarios", como dijo un periódico inglés. Pero Popham disponía de cinco navíos de guerra y cinco transportes. Beresford tenía una brigada de más de mil seiscientos hombres. El virrey *Sobremonte* huyó a Córdoba. El invasor se hizo dueño del fuerte y de los caudales. La bandera inglesa fué izada en el palacio virreinal.

La noticia voló a Inglaterra, aunque en pos de ella salió la de un fracaso. Primeramente *don Juan Martín de Pueyrredón* se oponía con algunos gauchos, que fueron rechazados. Después desembarcaba en el Tigre *don Santiago Liniers* con fuerzas que llevaba de Montevideo. Unido Liniers a Pueyrredón y a la juventud bonaerense, formalizó un ataque tan serio que Beresford tuvo que entregarse con toda su gente.

Esta derrota hubiera sido sólo un contratiempo episódico, pues *Sir David Baird*, comandante del Cabo de Buena Esperanza, envió un refuerzo de 1,400 hombres; mientras de Inglaterra salían 4,350, que condujo el almirante Sterling, y otros tantos que, mandados por Crawford, estaban destinados a la ocupación de la costa chilena.

Pero los generales ingleses parecían haberse propuesto acumular errores Tenían. dieciocho buques de guerra con ochenta transportes para dominar el mar y el estuario. Las fuerzas enviadas a Chile se incorporaban

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625, MONTERREY, MEXICO

a las otras. Había, por lo tanto, elementos de sobra para el conquistador. Perdida la plaza de Buenos Aires, que conservó Beresford, sólo desde fines de junio hasta mediados de agosto de 1806, a principios de febrero todo volvía a ser propicio, pues Montevideo fué bombardeada y tomada por asalto.

La capital de la Banda Oriental quedó instantáneamente convertida en posesión británica. De allí partió la segunda expedición para la reconquista de Buenos Aires. El alcalde, *don Martín de Alzaga*, había fortificado la plaza, y el ataque tuvo un final desfavorable para los ingleses.

El torpe general Whitelocke capituló de un modo vergonzoso, pues se avino a devolver la Banda Oriental, ya conquistada. Es verdad que en las negociaciones se le amenazó diciéndole que Liniers no respondería de la suerte de los prisioneros; pero Whitelocke pudo haber contestado que de la suerte de esos prisioneros responderían los habitantes de Montevideo, plaza ocupada, y los de Buenos Aires, ciudad sobre la que se abriría el bombardeo.

En Inglaterra fué desaprobada la conducta de Whitelocke, aunque después hubo de reconocerse que tenía razón el jefe procesado en una de sus alegaciones. Según él, "la resistencia de los habitantes del Río de la Plata había sido de una resolución y de una constancia admirable, sin que pudiera esperarse cosa igual ni del entusiasmo religioso y patriótico, ni del odio más inveterado e implacable".

EL SAINETE DE AARON BURR

Hay que hablar de una tercera tentativa. Esta fué norteamericana, y se hizo contra Méjico.

Un personaje novelesco, loco por las aventuras, aun después de haber llegado nada menos que a la vicepresidencia de los Estados Unidos, pretendía coronarse como emperador de Méjico. El pretendiente al trono de la Nueva España se llamaba *Aarón Burr*. De las alturas del poder cayó en irreparable desprestigio. Mató a Hamilton en un duelo que, por parte del occiso, fué inmolación caballeresca, y vil asesinato por parte del que salió deshonrado para siempre de aquel trágico lance. Pocas veces en la historia se ha visto que descienda un hombre tanto como Burr, hasta no ser sino un loco peligroso, primero, y después un indigente monomaníaco.

Piensan algunos panegiristas de Hamilton que, a no morir este hombre ilustre en el encuentro de Wechawken, hubiera sido el libertador de la América española, "uniendo el hemisferio occidental contra la corrompida y revolucionaria Europa". Con diez mil hombres y una fuerza naval habría levantado el espíritu de los tiranizados habitantes de aquellos países.